

Manifiesto conspiracionista

Traducción del francés de EMILIO AYLLÓN RULL
(con la colaboración de JULIO MONTEVERDE)

ÍNDICE

LA «GUERRA CONTRA EL VIRUS»
ES UNA GUERRA QUE SE LIBRA CONTRA NOSOTROS, 13

1. *El golpe de mundo.*
2. *La conjura de los amputados.*
3. *Luces del terror.*

EL CONSPIRACIONISMO ES EL NOMBRE
DE LA CONCIENCIA QUE NO CEDE, 27

1. *La conspiración anticonspiracionista.*
2. *Como en 1914.*
3. *«Todo conspira».*

LA IRREALIDAD QUE ESTAMOS VIVIENDO NO ES LA DE UNA
CATÁSTROFE QUE SOBRECÓGE, SINO LA DE UN GUION
QUE SE EJECUTA, 47

1. *Veinte años de preparedness.*
2. *La ciudad de los muertos vivientes.*

LA CONTRARREVOLUCIÓN DE 2020 ES LA RESPUESTA
A LOS LEVANTAMIENTOS DE 2019, 69

1. *El giro de 2019.*
2. *La recuperación del control*

LA GUERRA FRÍA NUNCA TERMINÓ, 81

1. *El gran despertar.*
2. *La larga Guerra Fría.*
3. *MK-Ultra for ever.*
4. *Teoría del confinamiento.*

ESTE MUNDO ES DUAL, COMO LO SON SUS TECNOLOGÍAS, 101

1. *La guerra del clima.*
2. *La guerra doméstica.*
3. *El mundo made by DARPA.*
4. *El tipo cool como máquina de exterminio.*
5. *Dualidades francesas.*

EL NUDGE ES UN NUDGE, 125

1. *Método del golpe de mundo.*
2. *Esfuerzos por volver loco al otro.*
3. *Dialéctica de la mistificación.*

EL ARTE DE GOBERNAR SOLO PRODUCE MONSTRUOS, 149

1. *El proyecto de gobernarlo todo.*
2. *Diseño democrático y poder ambiental.*
3. *Arquitectos y sobrantes.*

LA VIDA NO TIENE NADA DE BIOLÓGICA, 181

1. *«Life is our life's work» (Pfizer).*
2. *La metrópoli biopolítica.*
3. *La dictadura de la vulnerabilidad.*
4. *The Family of Man.*
5. *La enfermedad de la salud.*

EL INFIERNO ACTUAL NO ES SINO LA REALIZACIÓN
DEL VIEJO PROYECTO POSITIVISTA, 221

1. *Monstruosidad de la estadística.*
2. *La Fundación Rockefeller y la visión molecular de la vida.*
3. *Vigencia del positivismo.*

VENCEREMOS PORQUE SOMOS MÁS PROFUNDOS, 253

1. *La «sociedad», concepto reaccionario.*
2. *La guerra contra las almas.*
3. *El virus de la secesión y el cisma en curso.*
4. *Por lo tanto, conspirar.*

I'll play it first and tell you what it is later.

Miles Davis

Somos conspiracionistas, como lo es de un tiempo a esta parte cualquier persona sensata. En los dos años que llevan mareándonos y que llevamos informándonos, hemos adquirido toda la perspectiva necesaria para separar «lo verdadero de lo falso». Los ridículos «autocertificados» que querían que rellenásemos para poder salir a la calle no tenían otro objetivo que hacernos aceptar nuestro propio encierro y convertirnos en nuestros propios carceleros. Sus creadores deben de estar ahora mismo encantados. La puesta en escena de una mortífera pandemia mundial, «peor que la gripe española de 1918», ha sido efectivamente una puesta en escena. Los documentos que lo acreditan se han ido filtrando desde entonces; se verá más adelante. Las terroríficas modelizaciones eran todas falsas. El chantaje del colapso hospitalario tampoco era nada más que un chantaje. El espectáculo simultáneo de clínicas privadas poco menos que ociosas, y, sobre todo, completamente ajenas a cualquier requisa, bastaba para demostrarlo. Pero el empeño puesto desde entonces en destruir los hospitales y a su personal constituye la prueba definitiva. El ensañamiento feroz con que se desechó cualquier tratamiento que no implicase experimentar con biotecnologías sobre poblaciones enteras, reducidas a la condición de cobaya, resultaba un tanto sospechoso. Una campaña de vacunación organizada por la consultora McKinsey y un «pase sanitario» después, la brutalización del debate público cobra todo su sentido. Seguramente es la primera epidemia mortal de cuya existencia ha habido que convencer a la gente. El monstruo que se cierne sobre nosotros desde hace dos años no es, en principio, un virus coronado por una proteína, sino una aceleración tecnológica dotada de una potencia de desgarramiento calculada. Cada día somos testigos del intento de hacer realidad el delirante

proyecto transhumanista de convergencia de las tecnologías NBIC (Nano-Bio-Info-Cognitivas). Esta utopía de refundición completa del mundo, este sueño de pilotaje óptimo de los procesos sociales, físicos y mentales ya no se toma siquiera la molestia de esconderse. No ha habido el menor reparo en imponer, como remedio a un virus surgido de unos experimentos de ganancia de función en el marco de un programa de «biodefensa», otro experimento biotecnológico dirigido por un laboratorio cuyo director médico presume de estar «hackeando el *software* de la vida». «Siempre más de lo mismo» parece ser el último principio, ciego, de un mundo que ya no tiene ninguno. Hace poco, uno de esos periodistas-póngase-firme que abundan en las redacciones parisinas entrevistaba a un científico mínimamente honrado a propósito del origen del SARS-COV-2. No tuvo el científico más remedio que reconocer que el grotesco cuento del pangolín perdía cada vez más terreno frente a la hipótesis de los tejemaneges de cierto laboratorio p-4. Y el periodista, que preguntarle si «con eso no corremos el peligro de dar argumentos a los conspiracionistas». De ahora en adelante, el problema de la verdad es que le da la razón a los conspiracionistas. En este punto estamos. Ya era hora de crear un comité de expertos para acabar con esta herejía. Y de restaurar la censura.

Cuando toda razón deserta del espacio público, cuando crece el absurdo, cuando la propaganda endurece su férula a fin de forzar la comunión general, hay que tomar distancia. Eso es lo que hace el conspiracionista. Partir de sus intuiciones y ponerse a investigar. Tratar de entender cómo hemos llegado aquí y cómo salir de este pequeño atolladero del tamaño de una civilización. Encontrar cómplices y hacer frente. No resignarse a la tautología de lo existente. No tener miedo ni esperanza, sino buscar con calma nuevas armas. La arremetida de todos los poderes contra los conspiracionistas demuestra hasta qué punto lo real se les resiste. La invención de la propaganda por la Santa Sede (la *Congregatio de propaganda fide* o

Congregación para la propagación de la fe) en 1622 no bastó a largo plazo para la Contrarreforma. El descrédito de los graznadores termina absorbiendo sus graznidos. La concepción de la vida que tienen los ingenieros de esta sociedad es tan flagrantemente chata, tan incompleta, tan equivocada que no pueden más que fracasar. Lo único que conseguirán será devastar un poco más el mundo. Por eso es de vital interés para nosotros echarlos sin esperar a que fracasen.

Así que hemos hecho lo que cualquier otro conspiracionista: nos hemos puesto a investigar. Esto es lo que hemos sacado en limpio. Si nos atrevemos a publicarlo es porque creemos que hemos llegado a varias conclusiones capaces de alumbrar la época con una luz cruda y veraz. Nos hemos sumergido en el pasado para dilucidar lo nuevo, cuando toda la actualidad tendía a encerrarnos en el laberinto de su presente perpetuo. Había que contar el otro lado de la historia contemporánea. Había que «reunir las piezas desorganizadas y fragmentarias de un marco político coherente en su conjunto, restablecer la lógica allí donde parecen reinar la arbitrariedad, la locura y el misterio», como intentó hacer Pasolini a riesgo de su propia vida. Al principio, se trataba de no dejarnos impresionar por la potencia de fuego y enloquecimiento de la propaganda reinante. En ese punto, acostumbrarse al nuevo régimen de cosas es el principal peligro, que incluye el de convertirse en su papagayo. Temer el calificativo de «conspiracionista» es parte del peligro. El debate no está entre conspiracionismo y anticonspiracionismo, sino *en el interior* del conspiracionismo. Nuestro desacuerdo con los defensores del orden existente no es por la interpretación del mundo, sino por el mundo mismo. No queremos el patibulario mundo que están construyendo. De hecho, pueden quedarse todos los patibulos para ellos. No es una cuestión de opinión; es una cuestión de incompatibilidad. No escribimos para convencer. Es demasiado tarde para eso. Escribimos para armar nuestro bando en una guerra que se libra directamente en los cuerpos y tiene a las almas en el

punto de mira; una guerra que desde luego no enfrenta a un virus con la «humanidad», como pretende la dramaturgia espectacular. Hemos intentado hacer la verdad «manejable como un arma», según el consejo de Brecht. Nos hemos ahorrado el estilo demostrativo, las notas a pie de página, el lento discurrir desde la hipótesis hasta la conclusión. Nos hemos ceñido a las piezas de artillería y a la munición. El conspiracionismo consecuente, el que no es un mero adorno de la impotencia, llega a la conclusión de que hay que conspirar, porque lo que tenemos enfrente parece completamente decidido a aplastarnos. En ningún momento nos permitiremos pronunciarnos sobre el uso que cada cual pueda hacer de su libertad en una época como esta. Nos limitaremos a hacer saltar por los aires las trabas mentales más engorrosas. No pretendemos que un libro sea suficiente para sacarnos de la impotencia, pero también recordamos que unos cuantos libros buenos encontrados por el camino nos han ahorrado muchas servidumbres. Los dos últimos años han sido duros. Lo han sido para la gente sensible, y sensible a la lógica. Todo parecía estar dispuesto para volvernos locos. Debemos a algunas sólidas amistades el haber podido compartir lo que estábamos padeciendo y lo que pensábamos; nuestra estupefacción y nuestra rabia. Hemos soportado estos dos años juntos, semana tras semana. La investigación fue la consecuencia lógica. Este libro es anónimo porque no pertenece a nadie; pertenece al movimiento de disociación social en curso. Es un acompañamiento para lo que va a venir: dentro de seis meses, de un año o de diez. Habría sido sospechoso, además de imprudente, que se hubiera valido de uno o varios nombres. O que estuviera al servicio de una gloria cualquiera. «La diferencia entre un pensamiento verdadero y una mentira consiste en el hecho de que la mentira exige lógicamente un pensador, pero el pensamiento verdadero no. El pensamiento verdadero no necesita que nadie lo piense. [...] Los únicos pensamientos para los cuales el pensador es absolutamente necesario son las mentiras» (Wilfred R. Bion, *Attention and Interpretation*, 1970).

LA «GUERRA CONTRA EL VIRUS»
ES UNA GUERRA QUE SE LIBRA
CONTRA NOSOTROS

1. *El golpe de mundo.* 2. *La conjura de los amputados.* 3. *Luces del terror.*

I.

Ha sido un golpe de mundo.

Una ofensiva de mil demonios, sin límites, fulminante, oblicua.

Un disparo de dron sobre la situación mundial, bajo el sol de mediodía, mientras el pueblo de los terrícolas se disponía a sentarse a la mesa.

La declaración sin previo aviso de un nuevo estado de cosas subyacente, defectuoso, pero listo para entrar en escena.

La mitad de la población mundial confinada. Una suspensión instantánea de todos los hábitos, de todas las certezas, de toda la vida.

A continuación, un bombardeo, un manto de bombas a cada instante: psicológicas, semánticas, informáticas e informativas.

Y que ya no ha cesado.

La comunicación ha sido siempre *de guerra*. Nació en ese entorno, nunca ha servido para otra cosa, sobre todo en «tiempo de paz».

Su verdad no reside nunca en lo que dice, sino en las operaciones que lleva a cabo, y que son tan legibles como un secreto en pleno rostro.

Lo sentimos por quienes no pueden verlo.

Un mundo que pregona, en una profusión interminable de series, novelas, concursos televisivos y manuales de habilidades sociales, la superioridad de la doblez y los encantos del engaño quiere que tomemos en serio su palabra.

Parece grotesco.

Pero lo grotesco solo se mantiene mediante el terror.

Desde entonces, se trató únicamente de intimidar.

Eso tampoco ha cesado.

Del mismo modo que los perversos solo conservan su imperio llevando sus excesos cada vez más lejos, esta ofensiva solo puede creerse victoriosa a condición de no dejar de avanzar.

«El mal ha de hacerse todo de golpe, para que aquellos a quienes se le hace no tengan tiempo de paladearlo», aconsejaba Maquiavelo.

En Colombia, la policía ejecuta a los opositores en sus casas, directamente, aprovechando el confinamiento.

En la India, rocían a los intocables con lejía para «desinfectarlos».

En Sri Lanka, prohíben a los musulmanes enterrar a sus muertos «a causa del coronavirus». Y como no cabe incinerarlos, les proponen enterrarlos a tomar por saco.



En Israel, unidades antiterroristas se encargan de rastrear los «contactos estrechos», y el primer ministro se refiere a los no vacunados como «bombas de relojería».

En Australia, a mediados de agosto de 2021, la policía organiza una caza del hombre mediática para dar con un «fugitivo covid», Anthony Karam, que no está en la dirección indicada para su cuarentena, y que resulta que tampoco es ni del todo blanco, ni del todo anglosajón, ni del todo protestante. Finalmente, la policía da con «el enemigo de la salud pública número uno» —así es como lo denomina— en un hotel enfrente de su casa. Lo arrastran ante las cámaras en camión blanco, antes de mandarlo a que se aisle a la cárcel.

En Italia, en respuesta a las protestas contra el *green pass*, que ya se exige para trabajar, el gobierno prohíbe *todas* las manifestaciones en el centro de las ciudades, con el visto bueno de los sindicatos. La gente podrá hacer las sentadas que quiera en las afueras, enmascarillados y a un metro unos de otros.

En Hong Kong, Carrie Lam, la jefa del ejecutivo a la que la revuelta general estuvo a punto de costarle el pellejo en 2019, se venga organizando «confinamientos-emboscada» en los barrios populares: la policía acordona un barrio y controla a todo el mundo.

En Singapur, tras el perro-robot de Boston Dynamics que en mayo de 2020 ladraba a los viandantes para que respetaran la «distancia social», ahora es el robot Xavier el que patrulla las calles a la caza de fumadores, vendedores ilegales y quienes se atrevan a juntarse en grupos de más de cinco, tal y como ordena la norma sanitaria. A la delegación ministerial francesa «para las industrias de seguridad y la lucha contra las ciberamenazas» este experimento le interesa especialmente.

En Francia, fieles a la tradición local de inhumanidad administrativa, nos han prohibido abrazar por última vez a nuestros padres moribundos antes de meterlos, sin cuidado ni ceremonia alguna,

en una bolsa para cadáveres. Nada de funeral. Vengan a recoger las cenizas en dos semanas.

En la primavera de 2020, una vieja amiga —fijo que una vieja *terrorista*— y algunas de sus vecinas pasaban el tiempo suspendido del confinamiento recitándose poemas que les gustaban, *de corazón*, desde sus respectivas ventanas. No tardaron en recibir una carta de la comunidad de vecinos en la que se les intimaba a poner fin a aquel escándalo: ¡Pasárselo bien «mientras hay gente muriendo»!

Cuando se trata de vomitar su rabia contra todo lo que todavía osa respirar —los jóvenes, los pobres, los que bailan, los despreocupados, los ilegales—, este mundo ya no se contiene.

En todas partes, la opresión que no reconocíamos como política se exhibe ahora como biopolítica. Es el reino de la *estadística realizada*.

En todas partes, los gobernantes sueñan con China.

Nadie más sueña con ella.

Este terror no es serio.

Es el terror de un mundo acabado, pero que *no quiere* terminar. Que no es más que esta voluntad vacía de durar. Que está a merced de una carcajada muy contagiosa.

Un mundo cuya quiebra queda al descubierto cada día, entre anuncios de la empresa del futuro y de viajes interestelares.

El terror que despliega es el terror que siente.

Está claro que personas que *tiemblan de miedo* han decidido dar un gran golpe. Un gran golpe para restaurar su autoridad perdida y sus márgenes decrecientes.

Pero nada puede restaurar de manera duradera la autoridad de los medios y de los gobiernos, de la política y de la cultura, de la ciencia y de la industria... del capital bajo todas sus formas: toda autoridad se quema y se requema cada verano en los incendios planetarios. Se ahoga y se vuelve a ahogar, a partir de ahora, en cada inundación sin precedentes, en cada monzón a destiempo. Queda

CRÉDITOS Y FUENTES DE LAS ILUSTRACIONES

- Página 14: Captura de pantalla de la cadena de televisión australiana 7News, derechos reservados.
- Página 22: Campaña de prevención contra el covid-19, Cascais (Portugal), derechos reservados.
- Página 29: Karl Popper y Friedrich von Hayek, derechos reservados.
- Página 36 y 139: Campaña de prevención contra el covid-19 en el metro de Nueva York, derechos reservados.
- Página 54: «*Bones when will covid end!*», imagen viral (meme).
- Página 62: © Alireza Pakdel.
- Página 70: Hong-Kong, 13 de noviembre de 2019 © Keith Tsuji / ZUMA Wire / Alamy Live News.
- Página 85: Campaña norteamericana «*Truth Dollar*», 1950 © Stanford University / Hoover Institution / Alamy.
- Página 98: «*Baby in Skinner Box*», © Sam Falk / Science Photo Library.
- Página 106: «*World's Highest Standard of Living*», © Margaret Bourke-White / Getty Image.
- Página 115: Derechos reservados.
- Página 121: Michel Frois, general Beaufre y almirante Barjot (Port Said, 1956), derechos reservados.
- Página 129: Campaña para la aplicación TousAntiCovid en redes sociales (Francia), derechos reservados.
- Página 141: *The protected need to be protected from the unprotected*, imagen viral (meme).
- Página 145: B. F. Skinner y su famosa caja de Skinner, © Nina Leen.
- Página 158: «*Holland Tunnel Port Authority*», © derechos reservados.
- Página 171: «Ouah! Écoute ça...», imagen viral (meme).